

Miguel Hernández

El rayo que no cesa

Prólogo de Jorge Urrutia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2010
Segunda edición: 2017
Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Miguel Hernández
© del prólogo: Jorge Urrutia
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-739-1
Depósito legal: M. 8.992-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Prólogo, por Jorge Urrutia

El rayo que no cesa

- 37 [Un carnívoro cuchillo]
39 [¿No cesará este rayo que me habita?]
40 [Guiando un tribunal de tiburones,]
41 [Me tiraste un limón, y tan amargo,]
42 [Tu corazón, una naranja helada]
43 [Umbrío por la pena, casi bruno,]
44 [Después de haber cavado este barbecho]
45 [Por tu pie, la blancura másailable,]
46 [Fuera menos penado si no fuera]
47 [Tengo estos huesos hechos a las penas]
48 [Te me mueres de casta y de sencilla:]
49 [Una querencia tengo por tu acento,]
50 [Mi corazón no puede con la carga]
51 [Silencio de metal triste y sonoro,]
52 [Me llamo barro aunque Miguel me llame.]
55 [Si la sangre también, como el cabello,]
56 [El toro sabe al fin de la corrida,]
57 [Ya de su creación, tal vez, alhaja]
58 [Yo sé que ver y oír a un triste enfada]
59 [No me conformo, no: me desespero]
60 [¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria]
61 [Vierdo la red, esparzo la semilla]
62 [Como el toro he nacido para el luto]

- 63 [Fatiga tanto andar sobre la arena]
64 [Al derramar tu voz su mansedumbre]
65 [Por una senda van los hortelanos,]
66 [Lluviosos ojos que lluviosamente]
67 [La muerte, toda llena de agujeros]
68 (Elegía) [Yo quiero ser llorando el hortelano]
71 [Por desplumar arcángeles glaciales]
73 Índice de primeros versos

Prólogo

¿Qué es lo que hace que un poeta llegue a ser más que un poeta, se convierta en símbolo, alcance la categoría de mito? Es difícil acertar con la respuesta. En el caso de Miguel Hernández varias son las posibles causas de que su figura se engrandeciera como lo hizo.

Primero, conviene recordar que era una persona de origen modesto y no un miembro de la burguesía más o menos ilustrada, como suele suceder con los escritores y, sobre todo, sucedía en los años veinte y treinta del siglo pasado. El ambiente campesino del que procedía no debiera teóricamente haberle proporcionado otro camino en la vida que el del trabajo proletario, un mínimo negocio familiar o, en todo caso, una salida modesta hacia pequeños empleos administrativos. No era previsible que pudie-

se, a fuerza de decisión y trabajo, codearse de tú a tú con representantes de la intelectualidad de procedencia burguesa, incluso de la alta burguesía, como García Lorca, Alberti, Aleixandre, Neruda, Giménez Caballero, etc. Ese triunfo sobre lo que debería haber sido su destino hace ya admirable la figura de Miguel Hernández.

Segundo, fue un joven que nunca envejecerá, porque murió en plena juventud y todas las fotos que guardamos de él nos ofrecen esa imagen del hombre entusiasta y sonriente, lleno de vitalidad. Vivió como tragándose la vida, a toda prisa, entregándose en todo lo que hacía, generosamente.

Tercero, esa generosidad de su existencia, cuyo eco fue trasmitiéndose boca a boca, desde el recuerdo admirado de sus amigos. Generosidad y pasión rigieron los pocos años en los que estuvo, y con ambas se abrió a la aventura vital, se lanzó a la poesía y se entregó a la lucha en defensa de lo que entendía era la causa justa, en la dolorosa guerra civil que truncó sus esperanzas. Es conocido que, en marzo de 1939, rechazó asilarse en la embajada de Chile porque «lo consideraba como una deserción de última hora»¹.

Cuarto, su muerte fue producto de la crueldad del nuevo régimen surgido tras la derrota de la Re-

1. Carlos Morla Lynch: *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano*; Sevilla: Renacimiento, 2008, pág. 722.

pública, pero también de su amor y de su inocencia (al correr al pueblo para ver a su mujer y a su hijo cuando es excarcelado por error, sin darse cuenta de que convenía esconderse en una ciudad grande), así como de la fatalidad de una tuberculosis contraída en las cárceles y mal tratada en ellas, cuando su pena de muerte había sido conmutada (por evitar otra publicidad contraria, como en el caso de García Lorca, según parece que opinó el general Franco).

Quinto y fundamental, Miguel Hernández fue un gran poeta, visceral, pero sabio, entregado pero controlado, especialmente en su escritura final, que expresaba el amor, el entusiasmo, la rabia o el dolor sin olvidar, ni siquiera en su poesía de combate escrita para el consumo inmediato de los implicados en la batalla, el valor de la metáfora y la fuerza de la palabra para desvelar lo más profundo y casi inefable del sentimiento del individuo.

Estas cinco razones y, tal vez, alguna más, como lo que sus amigos contaron de él y de sus actos, convirtieron a Miguel Hernández en símbolo de una España real y leal consigo misma, y en mito que encarna la sinceridad y la entrega.

Como todo símbolo y todo mito, algo tiene de verdad y algo de distorsión. En este caso, porque se construyen ambos sobre los últimos años del poeta. Pero el hombre que fue sufrió dudas, tuvo vacilaciones, se hizo a través de sus actos. Casi no puede

decirse a través del tiempo, porque la vida poética de Miguel Hernández fue brevísima. Nacido en octubre de 1910, murió a finales de marzo de 1942. Su primer libro es de 1933 y sus últimos poemas de 1941. Ocho años, pues, de vida pública y literaria, pero también de esfuerzo y de sufrimiento, de entusiasmo y de derrota.

Fue *El rayo que no cesa* el primer libro de Hernández que la censura del régimen del general Franco autorizó que se publicara, a finales de los años cuarenta. José María de Cossío, intelectual conservador que siempre ayudó a Miguel, y Vicente Aleixandre, el gran poeta de la generación del 27, luego Premio Nobel, fueron los artífices de la edición, pensada fundamentalmente para proporcionarle una pequeña ayuda económica a la viuda del autor².

Paralelamente a la presencia en librería del volumen, crecía el valor simbólico y mítico del poeta, y los jóvenes rebeldes de la dictadura buscaban entre líneas de un libro de poesía amorosa el mensaje po-

2. El 20 de diciembre de 1946 Vicente Aleixandre le escribió una carta a José María de Cossío, basándose en «el gran cariño que le tuviste y la admiración que le profesas» [a M. H.], en la que le dice, entre otras cosas, que «la viuda de Miguel Hernández desea editar un libro con las poesías publicables de su marido». Atiéndase al adjetivo «publicables», que hacía referencia a la dificultad de vencer los impedimentos de la censura. Pide luego Aleixandre «las mejores condiciones posibles», naturalmente económicas. El 4 de mayo de 1947 se acuerdan dichas condiciones y el libro se publicó en la colección Austral de Espasa-Calpe Argentina, en Buenos Aires, en septiembre de 1949, pero pronto circularía por España.

lítico y social que presumían debía existir siempre en el poeta. Pero no era ésa la preocupación literaria de Miguel Hernández cuando escribiera aquellos poemas.

En 1933, y bajo el lema «El silbo vulnerado», presentó Miguel Hernández al Concurso Nacional de Poesía un libro que, andando el tiempo, se convertiría en *El rayo que no cesa*. No obtuvo el premio, que ganó Manuel Altolaguirre con *La lenta libertad*, y si vemos que, al año siguiente, en 1934 el libro premiado fue *Un mundo sin tranvías*, de Adriano del Valle, y en 1935 *La destrucción o el amor*, de Vicente Aleixandre, comprobaremos que aún no parecía llegado el momento de la que se ha llamado generación de 1936. Los poetas que gobernaban el campo literario eran aún los miembros de la generación del 27.

Significa esto que triunfaba a mediados de los años treinta el que podemos considerar como grupo vanguardista de la literatura española y que los más jóvenes, ya cansados de tanta innovación y que buscaban un retorno a las formas clásicas (algo así como una posmodernidad *avant la lettre*; recuérdese cómo la arquitectura posmoderna huye de los rompimientos de líneas para volver a elementos clásicos como los frontones, los frisos o las columnas), aún no contaban. Miguel Hernández, pues, se adelantaba a la fecha de presencia de la generación, que no llegará a las librerías hasta 1935 con *Abril*,

de Luis Rosales, *El cantar de la noche*, de Germán Bleiberg, y *Plural*, de Dionisio Ridruejo. Los libros de Luis Felipe Vivanco, Juan Panero, del propio Miguel Hernández o el fundamental *Sonetos amorosos*, de Bleiberg, no aparecerán hasta el año siguiente.

No sabemos qué hubiera sido de la poesía española (como de tantas otras cosas) de no haber estallado la guerra civil. En 1936 tendría que haberse conmemorado el centenario de Garcilaso de la Vega y, tal vez, hubiera tenido una repercusión similar al de Góngora en 1927. Los poetas jóvenes buscaban la moderación y la contención del clasicismo para contemplar el mundo, pero llegó la urgencia ardorosa del combate y sus exigencias. Después de la guerra, el grupo de nuevos poetas que se denominó «Juventud Creadora» (poetas que habían combatido en las filas del general Franco) se apropió de la figura de Garcilaso, nombró con él una revista, y vio en el clasicismo una escritura mimética con intención política.

Miguel Hernández era consciente, y así lo demuestra su correspondencia, de que estaba haciendo algo novedoso para la época, sobre todo después de un libro tan barroco y tan dentro de la vanguardia neogongorina como había sido *Perito en lunas*, su primera obra. El poeta tuvo intención de publicar aquella primera versión de *El silbo...* de 1933, y así se anunció en la revista *El gallo crisis*, que llevaba adelante su amigo Ramón Sijé, pero afortunada-

mente se contuvo y lo hizo evolucionar al ritmo de su propio aprendizaje poético hasta que dio en *El rayo que no cesa*.

Nunca debe olvidarse, tratando de Miguel Hernández, que su vida poética es, como hemos visto, extremadamente corta. Su producción se limita a unos ocho años, más o menos igual duración que el periodo de escritura de otro joven de vida apasionada, Mariano José de Larra, quien también marcó la literatura posterior. Con esa breve existencia escritora es comprensible, en espíritu tan vehemente, que la evolución fuese rapidísima. Si *Perito en lunas* (el sabedor de poemas, querría decir el título) es un libro monocorde escrito en octavas, la primera versión de *El silbo vulnerado* (el poema herido de amor) incorpora una mayor muestra poemática y métrica que irá decantándose poco a poco hacia el soneto de línea fundamentalmente quevediana. Sus viajes a Madrid le pusieron en contacto con pintores, como Benjamín Palencia, o escritores, como Vicente Aleixandre o Pablo Neruda, bajo cuyas influencias irá matizando y dirigiendo sus intereses estéticos. Si el primero y los cuadros de la famosa Escuela de Vallecas extraerán de él un sentimiento trágico y a veces telúrico del paisaje³, Neruda le

3. En una carta a Benjamín Palencia, fechada en diciembre de 1934, le dice: «Estoy acabando de terminar un libro lírico, *El silbo vulnerado*... un libro como tú me pedías, de pájaros, corderos, piedras, cardos, aires y almendros. Necesito de pura necesidad tu

hará reconsiderar y limar su formación religiosa que, por influencia del amigo Ramón Sijé, lo dirigía hacia una postura neocatólica y un claro sentimiento de culpa en los temas eróticos. De ese modo, *El silbo vulnerado* pasa por varias redacciones hasta que da, hacia el final de 1934 y principios de 1935, en un nuevo libro, *Imagen de tu huella*, con eco sanjuanescos en el título, que ya en el verano de ese último año se ha convertido en *El rayo que no cesa*.

El tema del toro estaba ya presente en su obra teatral *El torero más valiente. Tragedia española*, de 1934, inspirada por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías⁴. La taurina fue preocupación, en algún momento, de varios poetas del 27, como Alberti, García Lorca o Gerardo Diego. También del ensayismo de la época. Pero, además, el trabajo de Miguel Hernández como secretario de José María de Cossío, cuando éste está redactando su enciclopedia *Los toros*, explica las metáforas centrales de este libro, donde la naturaleza de

colaboración». Véase Miguel Hernández: *Epistolario*; Madrid: Alianza Editorial, 1986, págs. 62-63.

4. El valor de puente que cumple esta obra dramática lo resume bien Agustín Sánchez Vidal cuando destaca, en el prólogo a su edición de la obra (Madrid: Alianza Editorial, 1986, pág. 15), la «función catalizadora de buena parte de las tendencias de transición que se entrecruzan en la matriz poética hernandiana en su época de mayor flujo y hervor. En otras palabras, junto a *El silbo vulnerado*, su *Tragedia española* es el banco de pruebas en cuyo ejercicio Miguel muda la pluma tras salir de la etapa hermética de *Perito en lunas* y de la religiosa del auto sacramental antes de entrar en la primera madurez de *El rayo que no cesa*».

las versiones primeras se contempla ahora desde la imagen del enamorado concebido como toro y el amor inflexible metaforizado en rayo. No pierde, pues, el poeta sus raíces terruñeras (pues la fuerza de las imágenes de origen campesino se mantiene siempre⁵), sino que las depura y autentifica, escapando del empeño que venía manifestando, en poemas que quedaron mayoritariamente inéditos en su época, de justificar su interés pastoril a través de modelos renacentistas. No olvidemos que, en su primer viaje a Madrid, él quiso explotar la imagen de poeta-pastor. Pero pronto, muy al contrario, buscó demostrar la cultura literaria adquirida y su pericia versificatoria a través de la poesía barroca de *Perito en lunas*.

Cuando publique la versión definitiva del libro, en enero de 1936, titulada al fin *El rayo que no cesa*, según ha mostrado el profesor José María Balcells,

con la adición de la *Elegía* [...], sumaba treinta el número de textos de una obra en la que más de la mitad de su contenido no procedía ni de *El silbo vulnerado* ni de *Imagen de tu huella*. O en otras palabras: Miguel

5. En carta a José Bergamín, de enero de 1935, le dice: «Fíjese: mi ambición única es ganar un poco para tener un cachico de campo que cultivar y un mendrugo diario que comer en compañía. He nacido para estar por el aire y gastar esos tragos de Dios siempre. Yo estaría ahí. Me colocaría en Madrid el tiempo justo para hacer una cantidad pequeña y venirme y comprar un sitio que tiene escogido mi contemplación por estas tierras únicas». Véase Miguel Hernández: *Epistolario*, citado, pág. 67.

Hernández salvó tan sólo una reducida selección de los sonetos elaborados en los estadios previos a *El rayo que no cesa* para incorporarlos a este nuevo conjunto⁶.

Como anécdota, debe decirse que el libro lo publicó quien había obtenido el Concurso Nacional de 1933 al que se presentó *El silbo vulnerado*, es decir, el poeta y editor Manuel Altolaguirre, que lo incorporó a su famosa colección «Héroe». No obtuvo, desde luego, un éxito de ventas fulgurante. La famosa librería madrileña de León Sánchez Cuesta sólo vendió dos ejemplares desde su distribución, en febrero de 1936, hasta el 30 de junio (había salido de imprenta el 24 de enero).

El poeta, durante el intenso proceso de redacción, ha pasado por una fuerte crisis producida por su decisión de instalarse en Madrid y alejarse del entorno geográfico y familiar por un lado, pero también de Josefina Manresa, con la que había entrado en relaciones hacia finales de 1934. El soneto 12 se refiere a cómo la echa de menos en la distancia:

Una querencia tengo por tu acento,
una apetencia por tu compañía
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento.

6. José María Balcells: *Sujetado rayo. Estudios sobre Miguel Hernández*; Madrid: Devenir, 2009, pág. 110.

La vida en la capital no fue fácil, sobre todo al principio, y tal vez tuviera otras relaciones sentimentales que no sabemos qué huella dejaron en él y por cuánto tiempo. En cualquier caso, cuando le envía un ejemplar del libro a Josefina –a quien por otra parte está ocultamente dedicado: «A ti sola, en cumplimiento de una promesa que habrás olvidado como si fuera tuya»–, se nota que había habido un periodo de silencio doloroso entre los dos. La propia dedicatoria ya nos permite sospechar que hay en Miguel una queja de abandono. La correspondencia entre ambos se interrumpe a fines de julio de 1935, cuando el poeta va a pasar unas vacaciones a Orihuela, de donde regresa a finales de agosto. A alguna de las cartas que había recibido de Josefina se refiere, sin duda, el soneto 13 del libro.

Hacia mediados de agosto viaja a Cartagena a ver al matrimonio formado por Carmen Conde y Antonio Oliver Belmás. Con ese motivo se encuentra con María Cegarra, poeta y la primera mujer perito químico de España, con quien entabla alguna amistad. El 2 de septiembre ya escribe desde Madrid.

Tal vez nada se solucionó cuando Miguel Hernández viajó a Orihuela con motivo de la muerte de Ramón Sijé, a finales de diciembre o principios de enero. Por eso, el primero de febrero de 1936 le escribe al padre de Josefina una carta en la que le pide que interceda ante su hija:

Siempre he pensado que las relaciones de su hija conmigo volverían a reanudarse, ya que los motivos por que las interrumpimos fueron muy poca cosa de importancia. Yo le agradecería que usted viera si es posible hacer lo que sería mi mayor deseo que hiciera []: si cree que Josefina todavía puede tenerme algún afecto y no está comprometida con ningún otro hombre, vea la manera de hablarle sencillamente y decirle si está dispuesta a continuar su amistad de mujer conmigo.

El padre le responde al día siguiente: «Sólo me es posible cumplimentar en lo referente a si mi hija sostiene relaciones con algún hombre, extremo que puedo certificar en sentido negativo»⁷. Dos días más tarde, Miguel escribe a Josefina pidiéndole perdón por alguna cosa que debió suceder durante su estancia veraniega en el pueblo: «Yo, por mi parte, siento que entre nosotros haya ocurrido lo que ocurrió. Estoy arrepentido y sé que tengo toda la culpa». Josefina contesta inmediatamente y se recupera la situación anterior al verano.

Hacia mediados de mes, Miguel le escribe a Josefina diciéndole que le han publicado un libro y le recuerda que había prometido dedicárselo. Luego viene una referencia a un epistolario recuperado

7. Miguel Hernández: *Prosas. Correspondencia* (ed. De Agustín Sánchez Vidal, José Carlos Rovira y Carmen Alemany); Madrid: Espasa- Calpe, 1992, págs. 2371-2372. Las siguientes citas de la correspondencia se toman de este libro.